

dente, se retorcían de dolor y se agitaban en terribles convulsiones, dando siniestros alaridos, á los cuales subseguía el estertor de sus espantosas agonías y el estridente grito de la suprema exhalación del postrimer suspiro, iluminando con las llamas alimentadas por el jugo de sus cuerpos las hermosas estatuas clásicas y las grutas por pintadas flores, que debían aparecer como si las tiñesen reflejos rojos de sangre abrasada é hirviente, Nerón iba precedido de una procesión religiosa, por aquellas hileras de patíbulos y braseros, entre las cadencias de sinfonías acompañando á exaltados himnos, con las gitanas egipcias y las bailarinas andaluzas castañeteando sus crótalos y urdiendo sus danzas, subseguido por magos sirios que hacían sortilegios y por bacantes ebrias que celebraban el amor sensual, medio desnudo, sobre carro de marfil, del cual tiraban hermosas jóvenes disfrazadas de marinas sirenas y en torno del cual quemaban otras jóvenes hermosas, disfrazadas de náyades campestres, tal cantidad de incienso en cazoletas áureas que formaban espesa nube litúrgica en torno de Nerón y le prestaban aspectos y formas de un verdadero dios. Pero, ¡ah!, no: el Dios era, no un déspota, sino un esclavo; no un vivo, sino un muerto; no un omnipotente, sino un mártir; no quien sabía matar, sino quien sabía morir; y lejos de predicar el crimen y la venganza, levantando los ojos al cielo desde la cruz el patíbulo de los esclavos, á la hora de su mejor afrenta y amargura, intercedía con su Eterno Padre por los que mataban, dejando ese modelo de perfección absoluta vivo en el mundo para que se realizasen todos los ideales de justicia y se formara la nueva humanidad en el crisol de un amor tan enajenado é intenso por los demás, aun á riesgo de uno mismo y holocausto y sacrificio, que debería llamarse caridad, en la cual se consumían todas las escorias y de la cual se levantaba un espíritu tal que había de obrar un milagro tan grande como el que aquellos mismos hombres, devorados en el horrible tormento neroniano que ideara la omnipotencia cesarista, se habían de sobreponer á todo, y subiendo en alas de sus oraciones al mismo Capitolio donde los atormentaban, habían de dar á Roma la eternidad que no pudieron recabarle antes ni sus tribunos y césares, cuya omnipotencia material tuvo que ceder á la omnipotencia de una idea.



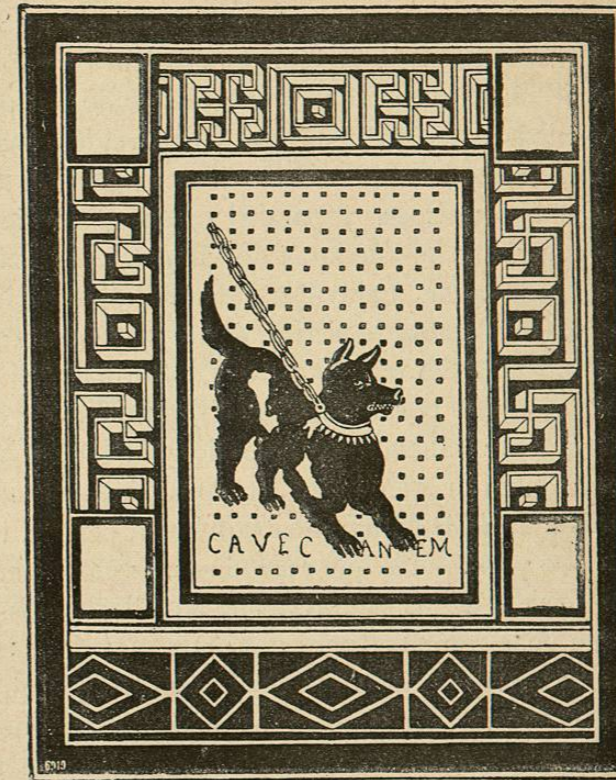
CAPITULO XXI

MÁS EXCESOS Y MÁS DELIRIOS

Las construcciones colosales, que subsiguieron al incendio de Roma, confirmaron el público rumor y la pública sospecha de que Nerón había quemado la capital con ánimo únicamente de restablecerla y restaurarla. El áureo palacio, levantado sobre las ruinas aún calientes, como llamaron á su hogar, aurea casa ¡oh!, argüía una demencia de verdadero déspota, como la célebre de aquellos del Oriente á quienes flagelaran el teatro griego y la Biblia hebrea. No eran los jardines adscritos al santuario del tirano aquel jardines, eran verdaderos campos, capaces de sustentar una población entera, pues no cuentan en sus espacios con términos tan dilatados de cultivo y menos de recreo las mayores ciudades. Praderas con grande horizonte, sensible, por interminables, junto á selvas incultas y espesísimas; bosques muy apañados al modo griego junto á cañaverales, donde las enredaderas y lianas parecían crecer á su grado; pajáreras en que discurrían pintadas, canoras, inocentes aves, al lado de jaulas, que hacían estremecer los zarpazos y los rugidos de brutos carniceros; estanques de aguas marinas, por las cuales varios monstruos oceánicos saltaban en todas direcciones, no lejos de canales, por cuyas dulces argénteas corrientes gallar-

deaban á una con los cisnes de flexible cuello las latinas velas y los pintados gallardetes; grutas de flores que sombreaban estatuas de mármol y palacetes destinados á tal mono de Africa y á tal elefante de India y á tal tigre de Caldea; los contrastes más de bulto y relieve que pueden imaginarse, desde las umbrías llenas con los melodiosos acentos de flautas y caramillos á lo dios Pan, hasta las praderas á lo Semíramis, en que se cultivaban las plantas más exóticas, al de obeliscos y pirámides, cuyas bases ahondaban en el suelo, y cuyas cúspides, verdaderos observatorios astronómicos, con el cielo tocaban como si estuviesen apercebidos y aparejados á contar las estrellas; así eran los jardines de Nerón, que parecían, según lo rápidamente hechos y adornados, una evocación de la teurgia y de la magia, más que una obra concertada y matemática de competentes jardineros y ornamentadores y arquitectos, pues todo allí era como un verdadero milagro. Y no hablemos del palacio. Las historias cuentan y no acaban. En el área precedente á tal encantadísimo lugar se levantaba el coloso, la estatua de Nerón, gigantesca y titánica, con unas proporciones cual sólo habían tenido el coloso de Rodas y algunas por el estilo. Hacíanse lenguas los naturalistas de los metales que la componían y formaban. Su bronce, originario de Campania, mezclado con materias preciosas, parecía, resaltando ante los intercolumnios multicolores del Pentélico y bajo los cielos azules de Roma, una estatua de oro. Allí se había hecho antes una en bronce, con simulacro y efigie de Ceres, ofrecida por cierto Cassio, á quien mató su padre, receloso de que tales obras significasen una incontrastable aspiración á sublevar el pueblo y el ejército contra la República, coronándose monarca él. Merecían estatuas en la Ciudad Eterna los que habían reportado un triunfo, conseguido un premio en los juegos olímpicos, puesto en fuga tres veces á los enemigos de la patria, muerto en el campo de los combates ó en las embajadas que expedía el pueblo-rey á los pueblos enemigos. El heleno gustaba de las estatuas muy sencillas; los romanos solían ponerles corazas y petos y cascos, el traje militar. Tres mil estatuas contaron cada una cuatro ciudades como Atenas, Delfos, Corinto y Olímpias. Ienodoro, muy famoso entonces, erigió el coloso, la estatua gigantesca de Nerón. Más de cien pies tenía de altura. El modelo, que hizo en barro su autor,

ostentaba una semejanza tan grande con la cara de Nerón, que le reconocían á la simple vista y lo llamaban por su nombre los niños con sólo descubrir una estatuilla copiada del modelo. Cinco millones de reales, en el valor de nuestra moneda, costó entonces, pues tal cantidad sumaban los talentos que diera el emperador, por



Mosaico de Pompeya

traza, modelado, fundición y demás componentes del desmesuradísimo coloso, cuya corona de rayos áureos competía en riqueza y en esplendor con la corona del sol. Tras esta enormidad, vestíbulos é intercolumnios sin término, cortados por coros de estatuas sin fin, resaltando ante paredes, pintadas con frescos, representativos de varias escenas del culto y del teatro; palacios aglomerados, imitando á los conocidos en todas las regiones romanas y agotando cuanto podían ofrecer de ostentoso y llamativo las arquitecturas, así del Oriente como del Occidente; por el suelo mosaicos de tal

brillo y de tales colores que hubieran envidiado las más ricas y más variadas tapicerías persas; á los costados de estos pavimentos, macetas en largas líneas, de cuyos senos se levantaban arbustos de varias formas cargados de flores; en los sitios más preciosos y destinados á mayor solemnidad, capillas de ágatas conteniendo efigies policromas, á cuyos pies lucían aras de ámbar y ante cuyos erguidos cuerpos columnas de serpentina y de granito rosa con basamentos y chapiteles de bronce dorado; en los gabinetes, incrustaciones de marfiles festonados por aristas de oro puro y embutidos de piedras preciosas, colocadas con arreglo á las supersticiones litúrgicas reinantes que daban valor mágico á cada piedra, para el verbo á los jaspes, y para el reposo y sobriedad á las amatistas, y contra las mordeduras de víboras y los maleficios el topacio; coronando tantas maravillas, amén del ópalo de Anstoma, por cuya obtención había proscrito á un senador, la sardónica de Samos, arrebatada del templo de la Concordia, y el joyero de Antridates, consagrado por Pompeyo al Capitolio, y la esmeralda que usaba para lente valiendo un imperio y la piedra única que hizo la fortuna del gran Alejandro: á todo sumábase una estancia cuya bóveda de lapislázuli figuraba la bóveda celeste, tachonada por astros de oro y brillantes que reproducían el cielo meridional y concertaban músicas de las esferas, como aquellas de los ensueños pitagóricos, en unas combinaciones demostrativas de que tal hombre quería que su hogar fuese como el resumen y compendio de la universalidad de los seres, ya que él mismo era como un compendio abreviado de todos los déspotas temidos y de todos los dioses idolatrados en este nuestro mundo. Tal aparece la nueva casa de Nerón en los libros y en los recuerdos romanos.

Allí, entre todas aquellas maravillas y todos aquellos milagros, dábase á soñar con lo imposible. Viendo el cielo girar sobre su corona y la tierra extenderse á sus plantas y los dioses vivir en su compañía, ¿qué cosa podría parecerle imposible? Lo que soñaba por la noche, en obra poníalo á la mañana siguiente. Decíanle que Dido dejara en el espacio, un día ocupado por su ciudad fenicia, tesoros y más tesoros, los cuales podían enriquecerlo á él y enriquecer á la Ciudad Eterna; pues no se paraba delante de ningún obstáculo, ni material ni moral: apercibía una escuadra y encarga-

ba de la busca é investigación del soñado tesoro á los tripulantes reunidos por la fecunda labia de cualquier embaucador encontrado por casualidad en el camino de la vida. Como todos los neuróticos y dementes, daba relieve y bulto á lo soñado, cual si lo viese con sus ojos ó lo tocase con sus manos, y libraba cuanto le pedía el gusto sobre tan imaginario tesoro, arruinándose y arruinando consigo á la ciudad y al imperio. Luego reconveníale al proyectista por la frustración de su proyecto. Y el farsante, que se le había presentado cual una cierta esperanza, visto el desengaño, tenía que apelar al desesperado suicidio, huyendo del odio de Nerón. Después pensó en buscar las fuentes del Nilo. Este río, de orígenes misteriosísimos, de curso tortuoso; con su corona de palmas que tanto lo embellecían y con los teberintos de sus orillas bajo cuyas copas tantas divinidades pasaran; enaltecido por la sombra voluptuosa de Cleopatra y santificado por los conjuros de sacerdocios prehistóricos, en cuyas aguas se retrataban las estrellas recogidas por los Ptolomeos y enumeradas dentro de su palacio para transmitir las luego á los pueblos; ilustrado por las narraciones del gran Herodoto y por los coros de esfinges que llevaban en sus labios de granito secretos de la eternidad y de la historia; deslizándose así como el tiempo, fluyente de un abismo desconocido y desembocando en otro abismo donde se pierde y se disipa también, entre monolitos y pirámides y momias que llevan sobre sí entallados jeroglíficos, guardadores de tantas revelaciones, era propio para tentar á Nerón, curioso é inquieto por saber si estaba su manantial primero en la tierra, ó como aseguraba la tradición, provenía del monte central de la luna y desde allí se precipitaba sobre los desiertos para que todo en él fuese divino y sobrenatural. En estas imaginaciones consumía la vida y disipaba los años, eternamente soñando con locos fantaseos y con embusteras esperanzas, como en demostración de que la mente humana está en el trabajo de crear á la continua empeñada y de que los deseos y las ambiciones del hombre no se llenan jamás, ni se satisfacen, aunque abisméis en ellos lo infinito.

Mas lo que principalmente le absorbía no era su gloria científica, era su gloria literaria. Cuando tras mucho desvivirse por tocar el ideal de sus ambiciones, con puerilidades semejantes á las del niño que quiere tocar la luna, se desencantaba de un esfuerzo y de

un trabajo, volvía con empeño al circo y al teatro en pos de una corona de laurel, más apreciable á sus ojos que las coronas del imperio. Así abrió un certamen donde se proponía probar que nadie le aventajaba, ni en música, ni en poesía, tomando por juez al pueblo romano, en sitio donde cabían cien mil ciudadanos, la parte más conspicua y madura y hábil de aquella enorme aglomeración humana. Las gentes políticas de seso estaban inquietas con profunda inquietud al contemplar cuánto arriesgaba Nerón en aquellas calaveradas literarias. Siendo el primero en la tierra por su augusto poder, no estaba en el caso de bajar un escalón y presentarse como segundo é inferior en cosa ninguna. Por ganar su corona de laurel, corría riesgo tan grande como que se le cayese su áurea imperial corona de la frente. Así, dirigiéronse tales clases alarmadas al Senado y le rogaron que decretase cuantas coronas quisiese el emperador, con tal que no se presentara éste al certamen público. Accedió el Senado á ello y decretóle por solemne rescripto el premio de la poesía y de la elocuencia y de la música y de cuantas artes y letras pudiese haber en la tierra ó soñar el más exaltado magín. Pero el emperador no hacía caso de tales oficiales lauros. ¡Valiente cuidado á él daba una cámara servil que le declaraba dios, lo cual podía ser por fuera cuando miraba las cervices tendidas bajo sus pies, pero que no podía serlo cuando á sí mismo se miraba y se veía por dentro! Nerón despreciaba premios aperecidos por el Senado y los quería dictados por el pueblo. La palma que le concedía el Senado era de puro favor; necesitábala él de justicia estricta. Así hubo en el estadio donde le debían decretar el premio, como he dicho, espacio para cien mil hombres. Escríbense con suma facilidad estas cifras; pero no pueden reunirse dentro de la viva realidad sin mucho estruendo y escándalo y peligro y daño. Diríase que aquello era una inundación, según las gentes que discurrían y pululaban por todas partes. Cuando moles humanas de tal importancia y enormidad se reúnen, adquieren algo de la fuerza mecánica y ciega que tienen las moles naturales. Y aplastan todo aquello que tienen delante y lo arrollan y lo destruyen desconsideradas é indiferentes. Por los callejones y por los pasadizos de la ciudad murieron muchos espectadores asfixiados. A otros los reventaron sin piedad contra las paredes y les pasaron por

encima, destrozándoles vivos, como suelen los buitres destrozar los cadáveres abandonados. Las legiones augustales de alabarderos ó claquistas, estipendiados, se diseminaron por grupos á fin de imponer las loas y los aplausos por fuerza. De los espectadores encerrados allí, no podía salir uno hasta que no se acababa toda la función. Muchos se pusieron malos. Algunas mujeres encintas malparieron, y otras, al revés, parieron robustas criaturas con felicidad. Hubo quien como muerto, á causa de un síncope semejante á una catalepsia, entró en el Espoliario. Imaginaos si aquella multitud, cansada, fatigadísima, que tantos golpes sufriera y que tantas angustias pasara, le hubiese dado por tornarse contra el emperador: lo deshacen, como un muchacho pudiera deshacer un muñeco. El célebre Vespasiano, porque se durmió y roncó, estuvo á punto de perder la vida, costando mucho trabajo hurtar su cuerpo á la ira del emperador. Danzó éste primero como una bailarina gaditana; disertó luego sobre magia y teurgia como un mago, acompañando su discurso una suave música; hizo tras esto pruebas como un prestidigitador con grande movimiento y castañeteo en los dedos; auguró presagios más ó menos ciertos en formas sibilinas llevadas de oído en oído por los heraldos colocados y distribuidos á ciertas distancias; corrió en carro de marfil y oro, tirado por una cuadriga de brutos africanos que bebían el viento; recitó versos de todos los trágicos griegos y latinos más célebres, representando los respectivos papeles con tal propiedad, que, habiendo hecho de Hércules encadenado, descendieron los milites á la plaza para romperle las cadenas; saltó como un atleta é hizo pantomimas como el último de los bufones. Pero el pueblo, tan prostituído como su amo y que concluía por mancharse con su contacto, pues no hubiera podido hacerse aquello sin su consentimiento, reía si reía el emperador, lloraba si el emperador hacía papeles trágicos, saltaba de gozo cuando el emperador de gusto, y al fin y á la postre aparecía como el mejor y más desvergonzado de todos los farfantes. Así no había gusto extraño que dejara de apurar, ni hábito vicioso que dejara de contraer este criminal, azuzado por los públicos aplausos. Cuentan que había encargado al interior del Africa y puesto luego dentro de una jaula, en guisa de fiera, un antropófago, á quien él mismo le daba carne humana fresca en sus

desvaríos á comer y á beber sangre caliente, y que luego se vestía con las pieles de todas las alimañas más feroces, ejercitando como ellas su ferocidad, hasta trucidar personas vivas y echárselas de hiena, de tigre, de león, como si fuera un honor grandísimo esta imitación de lo más cruel que hay en la naturaleza, de los instintos carniceros.

Un espectáculo y nada más que un espectáculo dado al universo fué la entrada de Tiridates, rey armenio en Roma, presentado por Nerón al pueblo como pudiera presentar un actor. El padre de tan poderoso bárbaro asiático había unas veces asustado al mundo romano con sus amenazadoras guerras y sus conatos de conquista en batallas inenarrables por la importancia y la grandeza. Ver á su hijo en Roma prestando vasallaje coronado al emperador y al imperio, era más que un vencimiento del padre temido; era un deshonor patentísimo. Así castigábalo la Ciudad Eterna después de muerto en su posteridad y en su historia. Sus huesos en el sepulcro se hubieran removido y saltado si llegaran á penetrarse de lo que allí sucedía. Mas el desvencijado Nerón se guardaba mucho de buscar al acto este lado político; presentábalo tan sólo bajo su aspecto artístico. Comprendiéndolo Tiridates, hacía que las entradas en las poblaciones fueran como una procesión gigantesca y les costaran enormes cantidades que les traían aparejada irreparable ruina. Toda la caminata fué por tierra. Entre las supersticiones mágicas resaltaba una singular, un culto al mar que no les permitía ni hollarlo con la quilla de sus naves, ni echar en él materia de ningún género á sus aguas extraña. Tuvo que atravesar el Helesponto, y lo hizo por lo más angosto y considerándolo antes como un río que como parte del mar. Era de ver Tiridates precedido por la caballería romana; de jinetes partos acompañado, que hacían evoluciones militares verdaderamente cabalísticas, con todos los príncipes de su familia en derredor suyo, vestidos cual viejos sátrapas orientales; la reina junto á él con casco de oro, cuya visera le ocultaba y escondía el rostro; incensado como un ídolo, pasando del Éufrates al Tíber en una serie de ceremonias y espectáculos que daban á la sumisión suya el aire de una grande apoteosis religiosa con verdadero carácter litúrgico y de una sacra importancia. Cerca de un año duró el viaje; cien mil francos de

nuestra moneda costó cada día sólo al Imperio, sin añadir á esta suma las incalculables é inverosímiles gastadas por los pueblos en sus obsequios y en sus cultos. No le consideró el emperador con títulos á entrar en Roma seguidamente. Quiso hacerle aguardar en lo que podríamos llamar las antecámaras de Nápoles, en Parthénope, especie de teatro, de circo, de mancebía, cuyos encantadores senos marinos mancharan los vicios de Tiberio, las demencias de Calígula, los crímenes de Nerón. Allí, á la vista del Vesubio extinto y del mar celeste celebraron los dos monarcas el primer encuentro. Tiridates hizo, al ver á Nerón, los mismos extremos que si hubiese visto á un dios. Precipitóse como los parias orientales en el polvo. Cuando Nerón le ordenó levantarse, no se irguió por completo, hincó en tierra la rodilla. Por fin, el emperador le puso á su lado y le permitió llevar signo tan manifiesto de soberanía é imperio como su espada. Un liberto de Nerón pudo mostrarle que los esclavos manumitidos por el romano César eran más y valían más que un rey asiático, malgastando en una fiesta de gladiadores el importe de un reino. Se necesitaba que divirtiese al pueblo un monarca, y cuando pataleaban los moribundos en montón del cual salían ríos compuestos por caliente sangre, Tiridates, á guisa de Nerón, se hacía también actor, y pidiendo un arco disparaba su flecha de parto á un toro bravío, que bramaba de rabia y escarbaba el polvo en la candente arena, pasándole de parte á parte y tendiéndolo en el suelo como herido á un fulminante rayo. Terminadas las fiestas parthenopeas comenzaron las fiestas romanas. El pueblo-rey recibió al huésped coronado que ingresaba en su foro, cual hubiera podido recibir á un dios nuevo que ingresara en su panteón. Los ciudadanos vistieron todos túnica blanca, pues aquellos que no la tuvieron de su peculio privado, la tuvieron del público erario. En tanto número había guirnaldas de flores, que semejava un templo aquel espacio. Las cazoletas litúrgicas en tanto número ardieron y tal incienso exhalaban, que llegaron á formarse nubes en los aires con las humaredas del incienso. Tales dorados se sobrepusieron á las aristas en todos los edificios, que se llamó al día del recibimiento día de oro. Purpúreos los velámenes en el teatro de Pompeyo, de oro las estatuas, de seda y perlas los trajes, de piedras preciosas los vasos en que los refrescos eran servidos á la